



“A lo largo de la historia los EE.UU., nación de emigrantes, han llegado a ser conocidos como los *enterradores de lenguas*. Sólo el tiempo nos dirá que será del español. Pero existen razones para pensar que la hispanofonía está alcanzando un punto de no retorno”.

Javier
Rupérez

Subsecretario General de las Naciones Unidas y Director Ejecutivo del Comité Antiterrorista del Consejo de Seguridad entre 2004 y 2007. Cónsul General de España en Chicago entre 2007 y 2011. También fue Embajador de España ante la CSCE (1980-82) y ante la OTAN (1982-83). Ha sido diputado y senador por diferentes provincias entre 1979 y 2000. Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados (1996-2000) y de la de Defensa (2000).

Fue Embajador de España en Estados Unidos entre 2000 y 2004.

Presidió la Asamblea Parlamentaria de la OSCE (1996-98) y de la OTAN (1998-2000). Ha sido Secretario General y Presidente de la Internacional Demócrata Cristiana (1996-2000). Licenciado en Periodismo y Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y autor de varios libros. Los más recientes: *El espejismo multilateral* (2009) y *Memoria de Washington* (2011).



» <http://www.esferalibros.com/autor/javier-ruperez/>

ESPAÑA Y LOS HISPANOS DE EE.UU.: una llamada a la realidad.

Javier Rupérez

Que las posesiones del Imperio español en América llegaron por el Sur y el Oeste de lo que hoy son los Estados Unidos hasta muy al Norte del Río Grande es cosa bien sabida desde hace mucho tiempo. No hace falta estirar mucho la historiografía para encontrar huellas hispanas en el estado de Washington, en las proximidades de Seattle y Vancouver, ya en la frontera entre los Estados Unidos y el Canadá. Que San Agustín en La Florida fue fundada sesenta años antes que Jamestown, el primer establecimiento urbano creado por los colonos británicos en tierras americanas, es desde hace tiempo también bien sabido. Y repetido hasta la saciedad siempre que una celebración lo exige o una necesidad política lo hace conveniente. Que la presencia de los españoles fue notable en el sur de la Florida y a lo largo de la costa norte del Golfo de Méjico, en Alabama, Luisiana e incluso Mississippi, es también parte de la sabiduría convencional. Que Fray Junípero Serra estableció las misiones que bordean el Camino Real desde el norte de Méjico hasta bien al norte de San Francisco, abundando con ello en el ya imponente rosario de nombres hispanos que hoy constituyen parta fundamental y casi exclusiva de

la nomenclatura del estado de California es también hartamente conocido. Que la monarquía española a finales del siglo XVIII, por razones que tenían poco que ver con los intereses coloniales del país y mucho con las conveniencias dinásticas de los Borbones, tomó partido por la independencia de los Estados Unidos frente a la metrópoli británica, es también sabido y a menudo ostentado como muestra de las buenas relaciones que siempre tuvieron los dos países —al menos hasta que la España de finales del XIX se negó a la venta de Cuba y Puerto Rico al naciente Imperio yanqui y ello condujo a la guerra hispanonorteamericana que con tan malos resultados para las aspiraciones españolas se saldó en 1898 con la pérdida de nuestras últimas colonias— ha sido, asimismo, lugar común de historiadores y políticos bien intencionados. Que Puerto Rico, parte imperfecta de la Unión pero buen manantial de sangre hispana en los barrios menos favorecidos del Este y del Medio Oeste, sigue estando gloriosamente instalado en su herencia española, es también un sólido lugar común. Como lo es el que Nuevo Méjico, Tejas, Arizona y Nevada deben no sólo su nombre a la



presencia de los arriscados colonizadores españoles que en los siglos XVI y XVII llegaron, y tras sufrir calamidades sin cuento, fueron los primeros extranjeros en hollar sus ignotas, poco pobladas y hostiles tierras. Que lo hispano ha constituido habitualmente una subcultura en el sur y en el suroeste de los Estados Unidos, fundamentalmente en los estados y territorios fronterizos con Méjico, es un dato suficientemente conocido y explorado por etnólogos, literatos y más tarde cineastas norteamericanos. Pero toda esa impresionante acumulación de impecable conocimiento histórico no sirve para ocultar una no menos innegable realidad: los Estados Unidos, crisol de múltiples y variadas identidades, se ha construido en torno a una cultura que tiene el inglés por idioma, la ética protestante por religión y los valores anglosajones como guía societaria.

Esa tremenda distancia entre lo que la historia fue y el presente arroja como resultado está indudablemente en la base de la profunda frustración, por llamarla de alguna manera, con que la “psique” española moderna se acerca al fenómeno de lo hispano en los Estados Unidos. ¿Cómo es posible, parece que muchos se dijeran en voz baja, que con tan antiguos y meritorios títulos la huella española en los Estados Unidos haya quedado reducida a un puñado de nombres geográficos y a un ramillete de palabras sueltas en una población que tiene a Inglaterra por referencia histórica, por muy conflictiva que resulte su evocación, y a la lengua inglesa como factor imprescindible de homologación social y cultural? ¿Cómo es posible que se nos escapara lo que hubiera estado a nuestro alcance, de la misma manera que lo estuvieron Méjico, el Caribe, Centro y Sur América? ¿Cuál es la razón filosófica, histórica, cultural, antropológica, religiosa o simplemente humana que hizo de los perseguidos y casi anónimos puritanos del “Mayflower” los auténticos antecesores del que hoy es el país más poderoso del mundo en detrimento y olvido de los gallardos españoles

con nombres y apellidos que habían llegado antes, no huían de nadie y contaban con el apoyo material y espiritual del entonces más poderoso Imperio europeo y mundial? ¿Por qué en Méjico sí y en los Estados Unidos no?

¿Cómo es posible que con tan antiguos y meritorios títulos la huella española en los EE.UU. haya quedado reducida a un puñado de nombres geográficos y a un ramillete de palabras sueltas?

Naturalmente no se trata ahora de dilucidar los cuernos del fascinante dilema, sobre el que mucho se ha escrito aunque nunca parezca suficiente, sino situarlo en el comienzo de la reflexión contemporánea sobre lo hispano actual en los Estados Unidos, la memoria que insensiblemente trae consigo y la contemplación de una realidad que, para los que añoran la hispanidad que pudo ser y no fue, parece traer ahora una segunda e inescapable oportunidad: la que presentan los millones de hispanos, o latinos, que los dos términos suelen ser utilizados indiferentemente para referirse a la misma realidad, que han crecido exponencialmente durante las últimas tres décadas hasta constituir la primera minoría en la población estadounidense. Así, según algunos, se cerraría el círculo “incomprensible de incomprensión” y alejamiento en lo que nunca debió haber dejado de ser también una nación hispana. Como las que existen al Sur del Río Grande.



En efecto, los datos son ilustrativos y terminantes. El censo americano del año 2000¹ hacía estado de la presencia en el país de 35 millones de habitantes de origen hispano que, en una población total de 208 millones significaban un 12,5%. En el censo del 2010² ya eran 50 millones los hispanos sobre un total de 308 millones de habitantes, que elevaba el porcentaje a un 16,3%. Las proyecciones disponibles aseguran que en el año 2050 los hispanos llegarán a significar el 30% del total de la población de los Estados Unidos, alcanzando los 132 millones de personas. Ya en este momento, y suponiendo que todos los hispano-norteamericanos sepan hablar español —lo cual es mucho suponer— ese número de habitantes significa la segunda población hispano hablante del mundo, después de la de Méjico. En ese cómputo ambos, Méjico y los Estados Unidos, podrían resultar muy igualados en el año 2050. Pero si impresionantes son las cifras absolutas y relativas no lo son menos

las que reflejan los ritmos correspondientes al crecimiento. Entre el año 2000 y el 2010 la población americana total creció en un 9,7%, mientras la hispana lo hacía en un 43%, cuatro veces más que la media del crecimiento total. De manera que más de la mitad del crecimiento total de la población entre esos dos años —27,3 millones— corresponde en exclusiva a los población hispana. Para completar la radiografía de la población hispano norteamericana conveniente es señalar que del total de los 50 millones, 31,8 son de origen mejicano, cuya presencia en el conjunto es, como bien se comprenderá, abrumadora: las tres cuartas partes del crecimiento global de la población hispana corresponde a la de origen mejicano³. Otros grupos también han crecido de manera significativa en el periodo —el 36% los puertorriqueños, el 44% los cubanos, el 137% los de origen centroamericano, 104% los procedentes de Suramérica e incluso un 534% los procedentes de España, que han pasado de 100.000 en 2000 a 635.253 en 2010— pero ello no puede ocultar el hecho de que la realidad hispana es muy mayoritariamente mejicana. Hasta llegar a veces a confundirse con ella.

Otros datos permiten situar a los hispanos en el contexto geográfico, económico y social de los Estados Unidos. Un 47% de la población hispana habita en California y Tejas mientras que en otros 14 Estados de la Unión la población hispana supera el medio millón de personas; en 21 estados esa población compone la más numerosa de las minorías⁴. Desde el punto de vista económico es patente el crecimiento de la presencia hispana: en el año 2007 eran 2,3 millones los negocios cuyos propietarios eran hispanos, con un crecimiento del 43,6% desde el 2002; esos negocios habían generado un valor total de 345 mil millones de dólares en 2007, con un crecimiento del 55,5% con respecto a cinco años antes, mientras que el “mercado hispano” era valorado en el año 2008 en un billón —millón de millones— de

¹ “Hispanic Americans by the numbers”, US Census Bureau.

² “The Hispanic Population 2010”, Census Brief, US Census Bureau, May 2011.

³ Pew Hispanic Center Poll Database, Pew Hispanic Center Survey of Latinos, August 2010, April 2002.

⁴ Pew Hispanic Center, “Statistical Portrait of Hispanics in the US”, 2008.



dólares: en 1990 había significado sólo 222 mil millones; ya en 2003 se calculaba que la capacidad de compra de la minoría hispana había alcanzado los 525 mil millones de dólares, similar a la de España en aquellos momentos; en términos de la economía mundial, la hispano estadounidense se situaría en el puesto número 12, que también equivaldría al que España ocupa en la actualidad⁵. Es en el terreno social y educativo donde la minoría hispana, a pesar de los evidentes avances realizados en los últimos años, tiene todavía un trecho que recorrer para igualarse a otros sectores de la población fundamentalmente blancos y asiáticos: son los hispanos los que reciben los salarios más bajos, los que tienen menos cobertura sanitaria, sólo superados por la minoría afroamericana en niveles de pobreza; suelen estar empleados en los sectores económicos de menos valor añadido: agricultura, alimentación, transporte, servicios de baja calificación, mientras que registran un alto porcentaje de fracaso escolar y los peores resultados académicos⁶. Es importante anotar que en el año 2008 el 55 % de la población hispana decía poder mantener una conversación en español, mientras que el 25 % decía poder hacerlo con alguna dificultad, el 13% admitía tener un pobre conocimiento del idioma y el 6% ninguno. Pero el 90 % de los hispanos estiman vital el poseer un conocimiento fluido del inglés⁷.

La pujanza de lo hispano en los Estados Unidos, al menos en sus actuales y extraordinarias cotas, tiene razones varias y tiempos precisos. De un lado, como en tantos otros sitios ocurre, la diferencia de desarrollos económicos entre el Norte rico y el Sur pobre ha favorecido la emigración, que de manera natural y muchas veces incontrolada, ha llevado, y sigue llevando, poblaciones de trabajadores hispanohablantes hacia el próspero vecino del Norte en búsqueda de mejores condiciones de vida. Ese tipo de emigración económica, siempre presente en la vida americana desde



El Alcalde de Miami, Tomás P. Regalado, nacido en La Habana.

otras fronteras e incluso a través de los mares, comenzó su auge hispano tras la II Guerra Mundial cuando la expansión material del gigante norteamericano exigió cada vez más obra barata para cumplir con trabajos menos cualificados. Otras olas emigratorias, producidas entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, y que habían traído a los Estados Unidos centenares de miles de italianos, polacos, rusos, alemanes, suecos o irlandeses, estaban ya integradas en el tejido nacional y en la práctica difíciles de distinguir de los anglosajones blancos originarios. Aunque el catolicismo de algunos de

Miami, como es bien sabido, es hoy una ciudad hispanizada por la emigración cubana y en muchos aspectos convertida en el centro oficioso de la economía, el comercio y hasta cierto punto de la política de toda la América hispana.

ellos hubiera ya establecido una primera y significativa diferencia con el protestantismo básico de los primeros “peregrinos”. Lo mismo habría de ocurrir, desde el punto de vista de la multiplicidad religiosa, con la llegada de los judíos centroeuropeos que también por las mismas épocas escapaban de las persecuciones y “pogroms” tan frecuentes en los amplios territorios del Imperio zarista.

El emigrante hispano ocupa en ese mosaico un lugar específico. Es mayoritariamente católico. En el momento de su llegada habla únicamente español. Y puede tener diferentes descripciones raciales. El censo americano del año 2010 establece con claridad que lo hispano no es

una raza y tras señalar un amplio número de posibles orígenes genéricos o nacionales —que por primera vez incluyen también al español— ofrece varias posibilidades de auto clasificación étnica, que abarca todos los matices desde el blanco al afroamericano pasando por el asiático. Distinción tanto más conveniente cuanto que desde el principio de los sesenta se introduce en la vida hispano norteamericana un factor hasta entonces desconocido: el cubano. La dictadura castrista fuerza al exilio a decenas de miles de cubanos que encuentran refugio natural en el cercano sur de la Florida y que con el tiempo han llegado a constituir uno de los elementos más poderosos de identificación hispana en el país. Miami, como es bien sabido, es hoy una ciudad hispanizada por la emigración cubana y en muchos aspectos convertida en el centro oficioso de la economía, el comercio y hasta cierto punto de la política de toda la América hispana. Sin olvidar a efectos prácticos que también en otras partes del país —algunas zonas urbanas en el estado de Nueva Jersey, por ejemplo— se encuentran activos y significativos grupos de ciudadanos de origen cubano. Cabría señalar que la variedad adicional introducida por el factor cubano en las comunidades hispanas de los Estados Unidos tiene también un componente ideológico: el exiliado cubano tiende a votar al Partido Republicano en las elecciones americanas mientras que el resto de la población hispana lo hace por el Partido Demócrata. Aunque ello no sea un factor inmutable en la descripción de las características del fenómeno hispano, en cierto sentido sí lo es que en el seno del mismo, como se puede observar, existe una variedad de orígenes, percepciones, actitudes, cultura y razas, en las que la capacidad aglutinadora de la lengua común, no siendo despreciable, no basta para tratar a sus integrantes como si de una realidad unívoca se tratara. Lo hispano se fragmenta en la multiplicidad de los orígenes nacionales, que al menos en las primeras generaciones retienen una gran capacidad de referencia y atracción. Trátese de mejicanos, cubanos, dominicanos, colombianos, salvadoreños y tantos otros. Tantos como países tiene la América hispana.

⁵ Juan M. Romero de Terreros, “Hispanos en los Estados Unidos: Bases para una estrategia”, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 2004.

⁶ Pew Hispanic Center, “Statistical...”.

⁷ Pew Hispanic Center, “Statistical...”.



Las primeras manifestaciones de la pujanza neohispana tal como hoy ha llegado a desarrollarse se producen en los Estados Unidos a partir de comienzos de la década de los años 80 del pasado siglo, cuando España empieza a despertarse de su letargo autoritario y descubre nuevas posibilidades de relación internacional en el contexto de la normalización democrática. Es ese el momento en que alguna parte de la diplomacia española cree intuir en la población hispana lo que secularmente nos había faltado: la recuperación de la influencia que pudo haber sido, a través de un grupo humano que bien pudiera servir de “quinta columna” para los designios españoles. Era el hallazgo del eslabón perdido en los confines del Imperio, a través del cual no sólo afirmar la supremacía que nunca se llegó a alcanzar, sino además el procedimiento para hacerse visibles —e incluso poderosos— en el seno de la potencia imperial del momento. Por razones perfectamente explicables, muchos de los españoles que se han acercado al fenómeno de lo hispano en los Estados Unidos lo hacen con el orgullo de sentir que tras siglos de postergamiento han encontrado el “espejo enterrado”, en la expresión de Carlos Fuentes, que les devuelva lo que el destino injustamente les arrebató. Incluso más: para los no escasos españoles que han hecho del antiamericanismo primario la bandera de sus convicciones internacionales el hallazgo en el mismo corazón del odiado adversario de un grupo que habla su lengua y parece compartir su cultura es comparable al reencuentro con el hermano perdido.

Eso ha constituido y en alguna parte todavía constituye un grave error de perspectiva. Los hispanos norteamericanos, muy pocos de los cuales tienen sus orígenes en España, son y quieren ser ante todo fieles súbditos de los Estados Unidos de América y consideran ofensivo cualquier guiño que se quiera cómplice para la colaboración con una potencia extranjera en contra de los intereses del país al que tan trabajosamente han accedido. Además, si se quiere, y se debe, diseñar una política de

Para los no escasos españoles que han hecho del antiamericanismo primario la bandera de sus convicciones internacionales el hallazgo en el mismo corazón del odiado adversario de un grupo que habla su lengua y parece compartir su cultura es comparable al reencuentro con el hermano perdido.

acercamiento y colaboración con la realidad hispana, bien haría España en tener en cuenta en primer lugar la misma diversidad y la distancia que cada uno de sus componentes tienen con respecto a lo que algunos de ellos, eso sí, emocionadamente llaman la “Madre Patria”. Para la inmensa mayoría de ellos, quizás con la excepción de los cubanos, España es una realidad lejana y en gran parte incomprensible sino fuera porque el idioma que hablan se adjetiva como español. La idea de que en el grupo hispano España ha encontrado el “lobby” que nunca tuvo, dada la escasa presencia del contingente español en la evolución norteamericana, que a la manera de los grupos de influencia parecidos con que cuentan italianos, judíos, polacos o armenios podría actuar en defensa de nuestras necesidades nacionales, es un espejismo que conviene despejar cuanto antes. Los intereses que España querría hacer valer ante los Estados Unidos son los de un Estado europeo, dotado de una democracia avanzada y de una economía que, aún en medio de las dificultades por las que actualmente el país atraviesa, tiene al mercado como esquema de funcionamiento. Esos rasgos no necesariamente coinciden con los de los países de origen de los hispanos en los Estados Unidos, que naturalmente intentarán utilizar la fuerza demográfica de sus nacionales originarios en la promoción de sus propios intereses, no de

los ajenos. Por mucho que se trate de los de la “Madre Patria” y se entiendan fácilmente porque están formulados en la lengua común.

Por la misma, aunque opuesta razón, España haría bien en evitar inmiscuirse en las peculiaridades de las problemáticas internas que preocupan y afectan al grupo de los hispanos en los Estados Unidos. Sería contraproducente que, dejándose llevar por una malentendida buena intención, o por el deseo de congraciarse con la comunidad hispana, España tomara públicamente partido en el delicado debate sobre la inmigración ilegal que desde hace ya algún tiempo agita las aguas hispanas, fundamentalmente las integradas por los hispanos de origen mejicano. Y si contemplamos el tema desde la perspectiva de la comunidad cubano americana, será fácil descubrir que el mantenimiento por parte de España, en una línea coherente de su política exterior —una de las pocas mantenidas sin grandes variaciones a lo largo del tiempo—, de una actitud contraria al embargo norteamericano sobre Cuba no nos ha granjeado grandes simpatías en el núcleo mayoritario del anticastrista exilio residente en la Florida.

El inglés y lo que el inglés trae consigo ha conseguido efectivamente unificar los sistemas de comunicación de manera que, como los propios hispanos saben, no existen posibilidades de progreso en el país sin un dominio perfecto de esa lengua.

A lo largo de su historia los Estados Unidos, nación de emigrantes, han llegado a ser conocidos como los “enterradores de lenguas”. En efecto, de la larga nómina de las que hablaban sus componentes originarios, y que en su momento tuvieron diversa repercusión nacional, no quedan rastros significativos de ninguna, más allá de ciertos enclaves aislados en las grandes ciudades de las dos costas oceánicas. El inglés y lo que el inglés trae consigo ha conseguido efectivamente unificar los sistemas de comunicación de manera que, como los propios hispanos saben, no existen posibilidades de progreso en el país sin un dominio perfecto de esa lengua. La gran y momentánea excepción de la norma es la expansión de los hispanos y con ella una cierta generalización del conocimiento y uso del español. Siempre cabe la duda de si nuestra lengua no acabará por correr la misma suerte que otras que parecieron gozar en su momento de la gloria que les daba el ser el vehículo de entendimiento de amplios sectores de la población y que, sin embargo, acabaron por ceder ante la dominación anglófona.

Sólo el tiempo nos dirá que es lo que a la postre hacen del español los Estados Unidos. Pero existen algunas razones para pensar que la hispanofonía está alcanzando un punto de no retorno. En buena parte del país los sistemas educativos priman la enseñanza del español como segunda lengua. A lo largo y a lo ancho de su extensión el español es utilizado en múltiples aspectos de la vida diaria, hasta el extremo que sin exageración se podría afirmar que hoy, si no se tienen grandes ambiciones, es casi posible vivir en los Estados Unidos utilizando sólo el español. Los medios de comunicación en sus diversas variantes escritas o audiovisuales tienen una notable presencia hispana. Ninguna de las otras manifestaciones lingüísticas había llegado tan lejos en la generalización de su uso. La misma importancia numérica de las poblaciones hispanas las he convertido ya en lógico objeto de deseo para las formaciones políticas, algunos de cuyos representantes, en diversos niveles, se ven ya obligados, si no tienen el español como lengua



materna, a aprender frases y modismos en español que atraigan a la parroquia de ese origen. Tanta es la generalización del español y de lo hispano en los Estados Unidos que hace ya algunos años el conocido politólogo Samuel P. Huntington⁸ llegó a temer que los Estados Unidos acabarían por convertirse en un país donde predominara el color marrón del mestizaje, la religión católica de los emigrantes y la lengua española del fenecido Imperio. Ni que decir tiene que ese futuro venía asociado a negros presagios de decadencia. Otros, por el contrario, ven el panorama con más optimismo y el columnista de *The New York Times*, Nicholas D. Kristoff⁹, hace poco tiempo utilizaba nuestra lengua para recomendar que primero hay que aprender español, argumentando su importancia dentro del país, la utilidad que ofrece en las relaciones con los países iberoamericanos, la simplicidad y belleza de su morfología y su creciente importancia en medios políticos, económicos y sociales de los Estados Unidos. Era una llamada de atención frente a los que creen que ha llegado la hora de aprender mandarín. Y desde el punto de vista de la proyección internacional del español la generalización de su uso en los Estados Unidos aumentaría significativamente los números de los que utilizan y su carácter de “lingua franca” universal.

Pero ese panorama tiene luces y sombras. Huntington, que tuvo en su momento el acierto de definir los perfiles del “choque de civilizaciones”, se excede en su paranoia de un “white anglosaxon protestant”: no parecen estar en el futuro unos Estados Unidos donde el español haya sustituido al inglés como lengua vehicular y donde los valores culturales de la catolicidad hubieran sustituido a los más protestantes de la Constitución. Kristof es muy benévolo al cantar las virtudes del español pero quizás haya obviado lo que todavía es evidente: el español no está suficientemente instalado en los sectores decisivos de la política, la economía o la ciencia del país. Y el aumento exponencial



El columnista de *The New York Times*, Nicholas D. Kristoff.

afrontar el gran reto: afianzarse con pie firme en la estructura de la que sigue siendo la primera economía del mundo.

En los últimos tres lustros España y sus instituciones han multiplicado la atención hacia la comunidad hispana en los Estados Unidos utilizando para ello recursos ya existentes o creando otros nuevos pensados específicamente para ese tema. Ello se ha traducido en múltiples actividades, que oscilan entre visitas de los Reyes de España a Estados de raigambre hispana, visitas del mismo tipo realizadas por José María Aznar como presidente del Gobierno, contactos con asociaciones y grupos hispanos a todos los niveles, invitaciones a España de líderes hispanos en diversos campos de la actividad profesional, becas, exposiciones, conferencias, etc. Ha sido un esfuerzo meritorio ya coronado con algunos resultados visibles y digno de ser mantenido y aumentado en la medida en que los recursos españoles lo permitan. Pero es imprescindible que ese esfuerzo se sitúe en el más amplio de mantener con los Estados Unidos en conjunto las mejores y más fluidas relaciones posibles. Lo que, dicho sea de paso, sigue siendo la más importante de las asignaturas pendientes de nuestra política exterior. En esa perspectiva lo hispano no puede convertirse en atajo que nos permita obviar la tarea fundamental sino un añadido importante a la extensión de nuestra presencia. Los hispanos son ciudadanos americanos que guardan un parentesco más o menos lejano con las cosas españolas. Pero deben ser ellos y el resto de sus connacionales los que reciban el mismo mensaje, en español o en inglés: el de una vieja nación europea que descubrió el continente americano y que comparte con los Estados Unidos valores, intereses y sistemas. Será la mejor manera de rentabilizar, en beneficio de todos, esa lejana relación.

de los hispanos y, por tanto, de los hispanoparlantes en los Estados Unidos dependerá de factores todavía inciertos. Se sabe ya, por ejemplo, que la emigración mejicana hacia los Estados Unidos se ha estabilizado en los dos últimos años, como consecuencia seguramente de la crisis económica americana y del descenso del flujo de personas en los dos sentidos, además del mayor control ejercido sobre la inmigración ilegal. De confirmarse esa tendencia el crecimiento de los hispanos sería la consecuencia de su elevada tasa demográfica, no de la llegada de contingentes que sólo hablan español. La evolución detectada en las olas emigratorias de los últimos treinta años es que las segundas generaciones, bien por convicción o por imposición de sus progenitores, tienden a utilizar escasamente el español, lo cual suele provocar un casi completo desconocimiento del

mismo en la tercera generación. Si esas pautas se repiten, lo hispano quedaría asociado a un origen nacional y cultural —como el polaco o el italiano— y no al uso eficiente de una lengua y de sus posibilidades.

Alguna llamada de cautela habría que dirigir a aquellos de entre los españoles que piensan encontrar terreno abonado para sus legítimos intereses comerciales en la “economía hispana”. En la medida en que esa economía tiene una dimensión significativa, y lo puede tener por ejemplo en el terreno de la alimentación, la agricultura o el transporte, lo es porque corresponde a un conjunto global, el de los Estados Unidos, que ciertamente tiene grandes oportunidades pero también grandes exigencias. No cabe hacer transacciones porque su gestión sea más fácil en español si no se es capaz de

⁸ “Who we are? The challenges to America’s National Identity”, Simon and Schuster, New York, 2004

⁹ “NYT”, 30 de Diciembre de 2010